



Peer Reviewed

Title:

Pasaba por aquí y. . .

Journal Issue:

[Textos Híbridos: Revista de estudios sobre la crónica latinoamericana, 3\(1\)](#)

Author:

[Ruffino, Maythé](#)

Publication Date:

2013

Permalink:

<http://escholarship.org/uc/item/98q253t5>

Local Identifier:

ucsbspanport_textoshibridos_19118

Abstract:

Copyright Information:

All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author or original publisher for any necessary permissions. eScholarship is not the copyright owner for deposited works. Learn more at http://www.escholarship.org/help_copyright.html#reuse

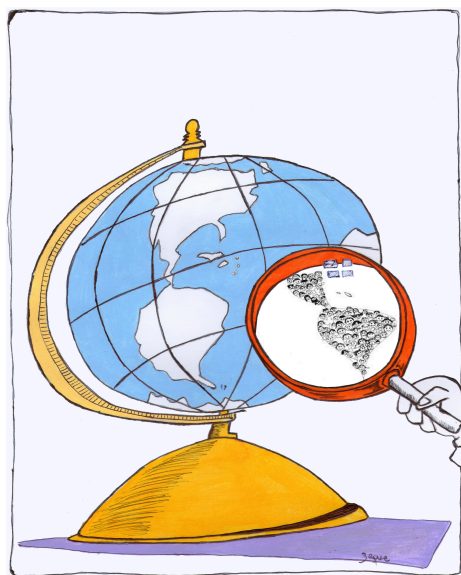


eScholarship
University of California

eScholarship provides open access, scholarly publishing services to the University of California and delivers a dynamic research platform to scholars worldwide.

Crónica subrepticia

Pasaba por aquí y. . .



las piedras no dejaban de murmurar, un vaho caliente y lerdo lo inmolaba todo. El zócalo se abría a lo lejos, entregaría su rutina a mis ojos que habían desaprendido a mirar desde adentro. El centro de la ciudad, ese mismo espacio que peregriné cotidianamente en la infancia era ajenidad, circo, extranjería. Me costaba reconocer que ahora tendría que turistar en mi propio centro. Caminaba a tropiezos con la mirada extraviada en el arriba. Las paredes viejas hundían el cielo en sus silencios más antiguos. Veníamos de un

intenso y emotivo taller de escritura en el Museo de la Mujer en la calle República de Bolívar. Decidimos salir por República de Brasil y el primer alto intensamente saturado de una gruesa neblina roja dejaba apenas entrever la barroca fachada de la iglesia de Santo Domingo. Todo lo saturaba un asfixiante olor a azufre, a pólvora, a polvo. Era como si la antigua plaza se hubiera remontado más allá de la pasión de los dominicos y su amenazante inquisición, y me quisiera arrastrar hasta el latido de la gran Tenochtitlan. Estábamos en posición nororiente del templo mayor. Olía a ritual, a dogmas confrontados. Pisábamos ya el perímetro del *calpulli* de Cuepopan, el lugar sagrado de los dardos, de las flechas, de las armas guerreras que perecieron ante el conquistador. El humo me asfixiaba, andaba buscando una salida a tanta turbulencia. Corrían de un lado a otro hombres y mujeres manchados con tintas de colores muy vivos, pero no vestían taparrabos, ni sotanas, andaban vestidos con largas batas al estilo medio oriente. Fingían agonía y gritaban enmudecidos. De entre el humo y los manchones de pintura apenas surgió una figura ridículamente pintoresca que simulaba grandilocuente a un director hollywoodense. Con altavoz en mano gritaba ¡corte, corte, todos a sus puestos! Cuando el humo apenas se disipaba un círculo de curiosos rodeaba la escena recibiendo

propaganda de los cartuchos desechables para impresoras a color. La farsa había servido para recordarme que en ese mismo pedazo de tierra, entre los canales que iban y venían del templo mayor, se habían debatido por un destino los aztecas y los conquistadores. Y más tarde, sobre sus propias venas asfixiadas se habían erguido saturantes y arrebatadores templos de una fe ajena. Una fe que a mí me aterró de pequeña y me mareaba cada vez que entraba a sus templos. De pronto, cuando vislumbré el letrero del cafecito de Santo Domingo que con su toldo rojo vibrante, para variar, nos reclamaba para tomar un pequeño refrigerio me golpeó otro recuerdo. En ese mismo templo de Santo Domingo, mi madre le había hecho una manda al único santo negro en el que sentí una suerte de ternura y bondad de pequeña, San Martín de Porres. Me había extraviado en el centro de la ciudad a los escasos cinco años, y mi reaparición le devolvió la respiración a mi padre y le lavó un poco de una culpa jamás redimida a mi madre. Ella me vistió por un año con huaraches de yute, un hábito café y me ató un mecate bien duro a la cintura, coronándolo todo con un escapulario que tenía una imagen del santo negro y un rezo para la protección de los inocentes e indefensos. El primer domingo después de mi extravío fuimos a ofrendarle mi fe a San Martín de Porres en esta misma iglesia de la Plaza 23 de Mayo. A mí, ese rezo no me protegió del horror infantil, de la infamia familiar. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Decidí no entrar al templo. Quizás recordar que en ese momento me hubiera podido haber extraviado para siempre y tener otro destino me arrebatava una esperanza que perdí justo en el momento en que me di cuenta que siempre pertenecería a una historia de usurpación y violaciones que se había cifrado hacía mucho, quizás heredada ya indudablemente desde los días tristes de Cuepopan. Mi flecha había sido lanzada al aire y una ráfaga de mal viento la había hecho, como búmeran, volver y enterrarse en lo hondo de mi pecho. Recorrer de nuevo el centro de mi ciudad me arrebatava. Llegar hasta el zócalo no sería tarea fácil, pero de entre todas las acompañantes había una mujer, podría haberse llamado Beatriz, que fielmente, con su ternura, me guiaría de nuevo a la plaza mayor...

Por: Maythé Ruffino